

Navegando por lo divino

Panorama temático de la Biblia

Por Rex y Lois Burgher

Navegando por lo divino

Copyright © 2025 por Rex y Lois Burgher

Número ISBN: 978-1-935765-14-1

Las solicitudes de información deben dirigirse a:

Rex y Lois Burgher

Ministerio Kingdom Life
1014 Baythorne Drive
Mechanicsburg, PA
EE. UU. 17050

Correo electrónico: info@klifemin.org

Sitio web: <http://www.klifemin.org>

1ª edición

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de información ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro— sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos de autor, salvo por parte de un crítico que desee citar breves pasajes en relación con una reseña para su inclusión en una revista, periódico o emisión.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas proceden de LA SAGRADA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®, NIV® Copyright © 1973, 1978, 1984, 2011 por Biblica, Inc.™ Usadas con permiso. Todos los derechos reservados en todo el mundo.

DEDICADO A:

Jonah Wendle

Simeon Clark

Ezra Wendle

Selah Clark

Malaki Clark

Anastasia Wendle

Sois más que una bendición para nosotros: sois un recordatorio de la fidelidad de Dios a lo largo de las generaciones. Este libro es un regalo para vosotros, fruto de nuestro más profundo deseo de que conozcáis a Aquel que os ama más de lo que las palabras pueden expresar.

Vuestros bisabuelos sirvieron fielmente al Altísimo, construyendo un cimiento de amor y devoción a Dios. Oramos para que su legado os inspire a buscarlo con todo vuestro corazón y a descubrir la vida abundante que Él ha planeado para vosotros.

Nunca olvides que Sus promesas son tan ciertas hoy como lo fueron para Abraham y todos los que caminaron en la fe antes que tú. Él te ha llamado por tu nombre, y Sus planes para tu futuro están llenos de esperanza, alegría y propósito. Que camines con valentía en Su amor y luz, confiando en que Él guiará tus pasos.

Con todo nuestro amor y nuestras oraciones,
El abuelo y la abuela

NAVEGANDO POR LO DIVINO

Índice

Capítulo	Descripción	Página
	Dedicatoria	3
	Prólogo del Dr. Randy Clark	9
	Recomendaciones	13
	Introducción	17
1	Promesas, pactos y caminar entre las piezas	9
2	Primera promesa: una familia se convierte en una nación	13
3	Segunda promesa: El viaje a la Tierra Prometida	17
4	Un legado dividido: una promesa incumplida	19
5	Lecciones para navegar por lo divino: una reseña	23
6	El cumplimiento del Libro del Apocalipsis	27
	• Una gran multitud	27
	• El nuevo cielo y la nueva tierra	28
	• La familia bendita	29
7	Los sesenta y seis libros de la Biblia	31

PREFACIO

En lo más profundo del corazón del hombre se encuentra el deseo de amar y ser amado. Ese amor nació al principio de los tiempos de un Padre que deseaba tener una familia con la que compartir Su amor y Su vida. A lo largo de toda la Biblia, el corazón del Padre se revela a través de Su compromiso y Su amor por Sus hijos. En el Padre hay un amor tan poderoso que cada latido de Su corazón es un faro que nos guía de vuelta a casa.

Nuestro Padre nunca quiso que nos separáramos de Él. Lo que ocurrió en el Jardín le partió el corazón; desde ese momento en adelante, su intención fue que sus hijos volvieran a casa con Él para siempre. La Biblia es la historia de ese viaje de regreso a casa, desde su desgarrador comienzo hasta su épico final. Ninguna película de Hollywood podría igualar jamás este tipo de intriga, romance, engaño y giros argumentales, junto con sus héroes, heroínas y villanos notorios.

Muchos de nosotros nunca nos hemos dado cuenta de cuánto nos ama nuestro Padre Celestial, ni sabemos cuánto anhela que volvamos a estar en casa con Él. A los pocos meses de aceptar a Jesús como mi Salvador, ya había leído la Biblia de principio a fin. Tengo que admitir que, a veces, me costaba entender la Biblia, sobre todo porque intentaba leerla como se lee una novela. No sabía que los libros de la Biblia no estaban ordenados cronológicamente; en otras palabras, no seguían necesariamente el orden en que ocurrieron los acontecimientos históricos.

Era confuso releer acontecimientos mencionados en partes anteriores de la Biblia. No entendía que se trataba de libros distintos, no de capítulos separados, a menudo escritos con cientos de años de diferencia. Además, la compleja trama de la Biblia era difícil de seguir y con la que identificarse. Había momentos, después de leer sobre el diluvio, en los que deseaba que Dios acabara con toda la humanidad y empezara de nuevo. Empezaba a sentir la frustración de Dios ante la continua desobediencia de la humanidad.

Descubrí que muchos en el Cuerpo de Cristo experimentaban el mismo problema con la Biblia y se enfrentaban a retos similares al intentar comprender qué se suponía que debíamos hacer ahora que estábamos salvados. Me costaba entender de qué exactamente estábamos siendo salvados: ¿era de nosotros mismos, de un Dios enfadado o de un diablo aún más furioso?

Empecé a darme cuenta de que muchas iglesias no tienen una posición doctrinal coherente sobre lo que se supone que debemos hacer después de aceptar a Jesús como nuestro Señor y Salvador. Sin una posición cohesionada, vivir la vida cristiana puede resultar confuso y hará que muchos deambulen por la vida, tratando de encontrarle sentido a su fe. Necesitamos una hoja de ruta mejor que nos ayude en nuestro viaje a través de la vida. Sabía que la Biblia era esa hoja de ruta, pero nadie se sentó nunca conmigo para explicarme cómo encajaba todo.

Comprender la Biblia es esencial, pero es una guía deficiente a menos que sepamos cómo conectar todos los puntos. La doctrina nos ayuda a mantener el rumbo en el viaje, pero no siempre nos da las respuestas que tanto necesitamos para lidiar con los giros y vueltas de la vida cotidiana.

El cristianismo no es una filosofía, sino una relación entre un Padre amoroso y sus hijos. No es tanto un conjunto de credos, doctrinas o preceptos teológicos, sino la historia de una familia que se había separado y su viaje de regreso a casa. Todos necesitamos comprender en qué punto de este viaje nos encontramos, pues todos desempeñamos un papel esencial en esta épica aventura. La Biblia es la historia del amor de un Padre por sus hijos, de cómo se separaron de Él y de Su viaje para traerlos de vuelta a casa.

A lo largo de los años, descubrí un tema que se repite a lo largo de toda la Biblia. No buscaba nada revolucionario, solo un enfoque sencillo para comprender la Palabra de Dios. En lugar de empantanarme en un estudio exhaustivo, este enfoque me mantuvo centrado en los puntos principales que se encuentran a lo largo de las Escrituras. En última instancia, me ayudó a ver el panorama general sin perderme en los detalles.

En mis conversaciones con cristianos, encontré a muchos que se habían memorizado grandes partes de las Escrituras, pero que tenían dificultades incluso con los conceptos más básicos de su fe. Me di cuenta de que muchos cristianos no entendían por qué los libros de la Biblia no estaban ordenados cronológicamente. Esto llevaba a muchos a leer la Biblia de principio a fin como si fuera una novela, lo cual puede resultar confuso.

La Biblia es mucho más que un libro de historia. Es una carta de amor, atemporal y universal como el propio Señor, y nos brinda una comprensión más profunda de la naturaleza de Dios. No estamos destinados a leerla «en orden», ya que el orden de Dios es mucho más amplio de lo que podemos comprender. En cambio, estamos destinados a entender que todo el canon funciona en conjunto para ayudarnos a captar la naturaleza hermosa, perfecta y amorosa de Dios, una naturaleza que trasciende el tiempo.

Creo que el mejor lugar para empezar es «En el principio». Así que empecemos por ahí.

CAPÍTULO 1

Promesas, pactos y caminar entre los fragmentos

Los primeros cinco libros pueden suscitar numerosas preguntas, lo que puede resultar abrumador al intentar comprender los acontecimientos que describen. En lugar de ofrecer respuestas detalladas, proporcionan una visión general de lo que ha ocurrido, evitando una sobrecarga de detalles intrincados. No profundizan en cuestiones relacionadas con el desarrollo de las civilizaciones, el destino de los dinosaurios, la edad de la Tierra, la guerra con Satanás y sus secuaces, u otras indagaciones científicas. En su lugar, se centran en las narrativas fundamentales, las relaciones y los pactos entre Dios y la humanidad. Hacer hincapié en estos temas clave proporciona una visión del camino espiritual en lugar de responder a todas las preguntas sobre el mundo físico. exploremos cómo la Biblia describe los comienzos.

De la nada (*ex nihilo*), Dios creó el universo con su palabra y declaró que era bueno. En este mundo perfecto y sin pecado, colocó a Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, en la belleza prístina del Jardín del Edén. El Jardín era un lugar de armonía, libre de pecado, muerte y desconfianza. Pero esta perfección se hizo añicos cuando Adán y Eva, tentados por la serpiente, decidieron desobedecer a Dios. Con su pecado, la ruptura entró en la creación y todo se desequilibró. Lo que antes era completo y bueno se fracturó. Toda la creación, antes vibrante y en perfecta armonía, ahora gime bajo el peso del pecado, anhelando ser restaurada a su estado original. Al ceder Adán y Eva a su naturaleza pecaminosa, las consecuencias se propagaron, oscureciendo el mundo y distanciando a la humanidad de su Creador.

Con el tiempo, Adán y Eva fueron expulsados del Jardín del Edén, separados de la comunión perfecta con Dios que una vez habían conocido. A medida que comenzaron a poblar la Tierra, sus descendientes —hijos, hijas y las generaciones venideras— se fueron alejando poco a poco del corazón de Dios. La humanidad se alejó de su Creador, y el mundo se sumió en el caos. El pecado se multiplicó y la violencia llenó la Tierra, corrompiendo todo lo que Dios había declarado bueno. La profundidad de la rebelión de la humanidad entristeció profundamente a Dios, y Él decidió en su corazón purificar la Tierra de su maldad mediante un gran diluvio, una inundación que barrería toda la vida de la Tierra.

Sin embargo, incluso en medio de la corrupción generalizada, un hombre se distinguió: Noé. Noé halló gracia ante los ojos de Dios porque vivió en obediencia y fidelidad hacia Él. En su misericordia, Dios decidió salvar a Noé y a su familia. Le dio a Noé instrucciones detalladas para construir un arca, una embarcación lo suficientemente grande como para preservar a su familia y un remanente de cada animal. Tal como Dios le había ordenado, Noé obedeció, reuniendo a los animales en parejas y en grupos de siete. Cuando llegaron las aguas del diluvio, Noé, su familia y los animales entraron en el arca y se salvaron. El diluvio destruyó toda la vida fuera del arca, pero dentro de ella, Dios preservó las semillas de un nuevo comienzo.

Tras un intervalo determinado, el arca atracó en el monte Ararat, y Dios abrió la puerta, y Noé, su familia y los animales regresaron a la Tierra. Allí ofrecieron un sacrificio, y Dios puso un arcoíris en el cielo como señal de que nunca más destruiría el mundo con un diluvio. El mundo comenzó entonces a repoblarse gracias a Noé y su familia. Tras algún tiempo —una duración que desconocemos, pero un período marcado por la gran construcción de la civilización (sobre la que se puede leer en el libro del Génesis)—, Dios habló a un hombre llamado Abraham y le hizo tres promesas significativas:

- 1) Haré de ti una gran nación.
- 2) Te daré la tierra sobre la que caminas.
- 3) Bendeciré al mundo a través de tu descendencia.

No sabemos por qué Dios le hizo estas tres promesas a Abraham. Sin embargo, se nos dice que Abraham escuchó las promesas y, como creyó en ellas, Dios se las contó como justicia. Esto subraya una verdad profunda: Dios valora la fe como el fundamento de una relación con Él. Es a través de la fe, y no de las acciones o los logros, que somos justificados ante Dios. La fe de Abraham estableció el estándar para todos los que le seguirían, demostrando que la justicia no se gana, sino que se da a quienes confían en la palabra de Dios y en sus promesas. Para comprender plenamente la importancia de esas tres promesas, debemos entender los tres pactos que se utilizaban en el mundo antiguo. Un pacto es otro nombre para un acuerdo o un contrato. Lo que hoy llamamos contrato era un pacto en la antigüedad.

A continuación se presentan tres tipos de pactos utilizados a lo largo de la Biblia.

1. **Pacto de suzeranía:** Una parte más poderosa (el suzerano) impone condiciones a una parte inferior (el vasallo). Esto refleja la relación entre Dios y su pueblo elegido, en la que Dios establece las condiciones para la obediencia y la bendición. En este pacto, la persona más poderosa le dice a la menos poderosa qué debe hacer (o de lo contrario). El «o de lo contrario» solía significar la muerte o alguna forma de tortura.
2. **Pacto de paridad:** es un acuerdo entre iguales en el que ambas partes tienen obligaciones mutuas. Un ejemplo de ello son los acuerdos celebrados entre tribus o naciones.
3. **Pacto de patrocinio:** aquí, un benefactor poderoso (el patrocinador) proporciona protección y beneficios a cambio de la lealtad y el servicio de la parte más débil. Esto también puede denominarse «*pacto del don*» o «*pacto de la gracia*».

Los pactos ilustran el compromiso continuo de Dios con la humanidad y Su deseo de una relación basada en la confianza y la fidelidad, al tiempo que muestran Su plan redentor a lo largo de la historia. Comprender estos acuerdos ayuda a los lectores a entender las promesas de Dios y su significado en la narrativa bíblica. En Génesis 15, se produjo un pasaje curioso de las Escrituras después de que Dios hiciera esas tres promesas a Abraham. Se llama «*EL PASO ENTRE LAS PARTES*». Quizás recuerdes haber leído sobre ello. Aun así, probablemente se preguntaron de qué se trataba todo eso. Descubrí que no era un hecho tan aislado como podría pensarse. Si abren su Biblia en Jeremías 34:1-20, verán que esta práctica era mucho más común de lo que se pensaba al principio. Comienza con Dios haciendo que Abraham tomara algunos animales, los cortara por la mitad y los colocara de tal manera que se creara un camino entre las mitades. En otras palabras, donde antes estaba su columna vertebral, se extendía un camino entre las mitades cortadas de los animales. Se nos dijo que Abraham permaneció allí todo el día, ahuyentando a los buitres de los animales que yacían al sol.

«Jeremías explica que era una práctica común en la celebración de pactos —ya fuera entre un rey y sus súbditos, dos partes iguales o un mecenas y su beneficiario— cortar animales por la mitad y encontrarse en medio de los trozos como un acto solemne que simbolizaba su compromiso, con el entendimiento de que romper el pacto acarrearía graves consecuencias, incluso la muerte». Entonces, se decían lo siguiente el uno al otro. «*Si no cumplo este pacto, que sea como estos animales cortados*». Como se puede ver, hacer tal declaración podía acarrear graves consecuencias. El hecho de que Dios viniera solo y no se encontrara con Abraham en el medio describe el tipo de pacto utilizado. Significaba que solo Dios era responsable de cumplir todos los requisitos del pacto. ¿Qué tipo de pacto sería ese? ¿Es una suzeranía? Por supuesto que no, pues Dios no exigió nada a Abraham. ¿Es una paridad? ¡No! Porque Abraham no era igual a Dios. No, este es el Pacto Patrón, el Pacto del Don o el Pacto de la Gracia. Como Dios vino al encuentro por sí mismo e hizo esas promesas

a Abraham, nada de lo que Abraham pudiera hacer impediría que esas promesas se cumplieran.

Finalmente, Dios se manifestó en la (*TEOFANÍA*), o lo que parecía ser un incensario, o una vasija humeante y una antorcha, y pasó entre los pedazos diciendo: «*Abraham, te juro que cumpliré estas tres promesas que te hago. Haré de ti una gran nación, te daré la tierra por la que caminas y bendeciré al mundo a través de tus hijos o descendencia*». Como puedes ver, Dios no se reunió con Abraham en medio de los pedazos, sino que vino solo. En el corazón de la Biblia están las tres promesas que Dios le hizo a Abraham. Estas promesas forman el fundamento de las Escrituras, dando forma a la historia de la familia de Abraham y a la fidelidad de Dios para cumplir Su pacto. Desde Génesis 12 en adelante, cada libro de la Biblia se relaciona de alguna manera con el desarrollo de estas promesas, promesas que contienen la clave para comprender dónde te encuentras en la narrativa de las Escrituras. ***La Biblia es, en esencia, la historia de la familia de Abraham y de cómo Dios cumplió sus promesas a ese único hombre.***

Es esencial reconocer que la Biblia no es un relato exhaustivo del mundo, ni pretende serlo. No ofrece explicaciones detalladas sobre el origen de Dios, el destino de los nefilim o sus conexiones con los dioses míticos de la mitología griega. Tampoco se adentra en las profundidades del viaje de Jesús al abismo, un tema de rico debate teológico. En cambio, la Biblia se centra en cómo Dios cumplió esas tres promesas a Abraham. La promesa final de bendecir al mundo se cumplió a través de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Observarás que se tuvo mucho cuidado al registrar la genealogía de Jesucristo en los Evangelios de Mateo y Lucas. Esto se hizo para demostrar que Jesús era un descendiente puro del linaje familiar de Abraham.

Además, todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. De cara al futuro, seremos testigos del establecimiento de un nuevo cielo y una nueva tierra, un retorno a la pureza y la plenitud que caracterizaron a la creación en sus orígenes, libre de pecado. Serás testigo del recorrido de la familia desde el momento en que se hicieron las promesas hasta que cada una de ellas se cumplió.

Para el estudio personal y en grupo

Utiliza las preguntas que figuran a continuación para profundizar en tu comprensión y suscitar debates significativos.

1. Nombra las tres promesas de Dios a Abraham y explica su significado.

2. ¿Cuáles eran los tres tipos principales de pactos que se utilizaban en la antigüedad? Explica su propósito.
3. En «*Pasando entre las piezas*», describe cómo se establecía un pacto y las responsabilidades de cada parte para cumplirlo.
4. ¿Qué tipo de pacto hizo Dios con Abraham y por qué debemos conocer la diferencia?
5. Explica cómo el resto de la Biblia es la historia de la familia de un hombre y cómo Dios cumplió sus promesas a ese hombre.

CAPÍTULO 2

El cumplimiento de la primera promesa: una familia se convierte en una nación

Para comprender mejor a la familia, debemos empezar por seguir el linaje familiar, concretamente fijándonos en los tres patriarcas mencionados en el Antiguo Testamento. El primero fue Abraham, el segundo fue Isaac y el tercero fue Jacob. Pero primero, déjame explicar qué significa «engendrar» a alguien. Engendrar se refiere a reproducirse o tener un hijo o descendencia. Así pues, cuando decimos que Abraham engendró a Isaac, significa que Abraham tuvo un hijo llamado Isaac. Ahora bien, ¿cuál es la palabra más significativa de la Biblia? Algunos podrían decir que es Jesús, y de hecho, el nombre de Jesús es esencial. Sin embargo, no podemos pasar por alto la palabra «engendró». ¿Por qué? Porque la Biblia es la historia de la formación de una familia, lo que hace que la palabra «engendró» sea esencial a la hora de comprender la familia.

¿Conoces esas listas de «engendró» que a menudo te saltas en la Biblia? La próxima vez que te las encuentres, tómate un momento para leerlas con atención. Cuando lo hagas, recuerda que cada nombre representa dos generaciones completas: dos generaciones que Dios cuidó para asegurarse de poder cumplir sus promesas a Abraham. Abraham engendró

a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y Jacob tuvo una familia numerosa, ya que tenía dos esposas, dos concubinas y doce hijos. Cuando cada hijo se casó y tuvo hijos, formaron lo que se denominaba una tribu. Más tarde, sabemos que Jacob tuvo un combate de lucha con Dios y fue renombrado Israel. Así pues, cuando leéis sobre las doce tribus de Israel, estáis leyendo sobre Jacob, sus hijos y sus familias.

A medida que la familia de Abraham crecía, una grave hambruna azotó la tierra, amenazando su supervivencia. En medio de esta crisis, José, uno de los doce hijos de Jacob, comenzó a tener sueños proféticos que presagiaban su ascenso a una posición de prominencia. Sin embargo, estos sueños, que parecían elevar a José por encima de sus hermanos, despertaron celos y resentimiento entre ellos. José era el favorito de su padre, y el abrigo de muchos colores que le fue dado no hizo más que profundizar la división. La tensión dentro de la familia llegó a su punto de ruptura cuando José compartió sus sueños de gobernar sobre sus hermanos, sueños que ellos percibieron como arrogancia.

Un día, sus celos estallaron. Cuando se presentó la oportunidad, conspiraron contra él. Aunque al principio planeaban matarlo, se echaron atrás y, en su lugar, lo vendieron como esclavo a una caravana que pasaba por allí, ansiosos por silenciar tanto a José como la incomodidad que sus sueños les causaban. Despojado de su familia y de su libertad, José fue llevado a Egipto, donde se enfrentaría a desafíos que parecían muy alejados del futuro grandioso que sus sueños habían predicho. Sin embargo, incluso en medio de la traición y el sufrimiento, la mano de Dios estaba sobre José, tejiendo un plan mucho mayor de lo que nadie en su familia podría haber imaginado.

Cuando José estaba en Egipto, Dios lo elevó a un puesto de gran importancia. Se convirtió en la mano derecha del faraón, hasta tal punto que este le colocó su anillo en el dedo. A medida que la hambruna se agravaba, el faraón ordenó a José que trajera a su familia a Egipto, prometiéndoles tierras fértiles donde estuvieran a salvo del hambre. José obedeció con alegría. Así, la familia de José, que en aquel momento sumaba unas setenta personas, se trasladó a Gosén, donde vivieron y criaron a sus hijos. En poco tiempo, la familia de Abraham se hizo muy numerosa.

Piénsalo: si la familia se enfrentara a la amenaza del hambre, ¿permitiría Dios que perecieran? La mayoría diría instintivamente que, por supuesto, no. Pero la razón detrás de esta seguridad es crucial. Verás, Dios le había hecho promesas a Abraham, y si la familia muriera, esas promesas estarían en peligro. Por lo tanto, Dios no permitiría que les ocurriera ningún mal. En su sabiduría divina, Dios tomó la traición de José y su caída en la esclavitud en Egipto, transformando lo que parecía un giro trágico de los acontecimientos en un momento crucial de salvación para toda la familia. A través del viaje de José, Dios orquestó un plan mayor, asegurando que sus promesas perduraran y que su pueblo encontrara refugio y sustento en su momento de necesidad.

Te pregunto: ¿Rescató Dios a su pueblo de Egipto porque trabajaban duro bajo el sol abrasador? ¿O porque estaban esclavizados y oprimidos bajo el duro yugo del faraón? ¡No! ¿Cuándo actuó Dios en favor de su pueblo? Dios acudió en su ayuda cuando el faraón ideó un plan para resolver de forma permanente el problema de la creciente población

israelita. El faraón urdió un plan que le permitía matar dos pájaros de un tiro. Podría eliminar la explosión demográfica y, al mismo tiempo, apaciguar a la diosa del Nilo ahogando a todos los niños hebreos en el río como ofrenda. Aunque esto pudiera parecer una solución perfecta para el faraón, era inaceptable para Dios. Si todos los niños se ahogaran en el Nilo, ¿qué pasaría con la familia? La familia dejaría de existir, lo cual no podía suceder porque Dios aún tenía promesas que cumplir con Abraham.

Gracias al ingenio de una madre —la madre de Moisés—, Dios convirtió una situación desesperada en una victoria para la familia de Abraham. La madre de Moisés sabía que tendría que arrojarlo al Nilo, y así lo hizo. Lo hizo construyendo una cesta que flotara fácilmente. De ese modo, podría decir a los responsables que había hecho lo que se suponía que debía hacer. Aun así, ella sabía, y Dios sabía, que él estaba en una cesta. La cesta pasó flotando justo frente a la casa del faraón justo cuando la hija del faraón salía a bañarse. Ella se fijó en la cesta y su corazón se conmovió al ver al bebé que había dentro. Lo llamó Moisés, que significa «sacar», porque lo había sacado del agua. Dios orquestó los acontecimientos para que Moisés fuera criado en una familia egipcia. Recibió la mejor educación y aprendió las costumbres y tradiciones del pueblo egipcio. Como resultado, comprendió su cultura y sus prácticas mejor que cualquier otro hebreo antes que él. Dios utilizó el pecado del faraón para levantar a un libertador dentro de su propia casa, y Moisés fue ese libertador.

Finalmente, cuando llegó el momento oportuno según los designios de Dios, Moisés comenzó a pedirle al faraón que dejara marchar al pueblo. El faraón, sin embargo, se había acostumbrado mucho a tener a ese pueblo como esclavo, sabiendo que su imperio no sobreviviría sin la familia de Abraham, por lo que se mostraba reacio a dejarlos marchar. Aun así, Dios estaba decidido a cumplir sus promesas a Abraham. Y, por cierto, ¿cuántas de esas promesas se habían cumplido ya? Una promesa ya se había cumplido: se habían convertido en una gran nación, y por eso el faraón les temía. Ahora, bajo el liderazgo de Moisés, se dirigían hacia la tierra que Dios había prometido a Abraham. Esta segunda promesa, a la que a menudo se hace referencia como la «tierra prometida», era fundamental para su esperanza e identidad. Dios los sacó fielmente de Egipto hacia esta tierra, utilizando diez poderosas plagas para asegurar su libertad.

La mayoría de nosotros hemos leído y aprendido sobre estas plagas en la escuela dominical y en otros lugares, pero me gustaría explicar algo al respecto: hay un significado real detrás de ellas. Cada una de las diez plagas que Dios envió sobre Egipto abordaba un aspecto específico de la vida egipcia vinculado a sus dioses, burlándose o desafiando efectivamente su poder. Moisés se acercó al faraón y declaró: «El Dios del pueblo israelita exige que dejes ir a su pueblo». Afirmó: «Soy más poderoso que tú, faraón; soy más poderoso que los dioses a los que adoras; deja ir a mi pueblo para que pueda ir al desierto y adorarme». Naturalmente, el faraón se resistió a esta exigencia.

Dios eligió diez plagas para enfrentarse y, en última instancia, derrocar a los dioses que los egipcios veneraban. Por ejemplo, los egipcios adoraban a Heket, la diosa de las ranas, por lo que Dios llenó la tierra de ranas, proclamando su poder sobre su deidad. Veneraban a Hapi, la diosa del Nilo, creyendo que los sacrificios que le ofrecían

garantizarían la prosperidad. En respuesta, Dios convirtió el Nilo en sangre, contaminando su fuente vital de agua y simbolizando la muerte y la impureza. Del mismo modo, adoraban a Ra, el dios del sol, pero Dios envolvió a Egipto en tinieblas, permitiendo que la luz brillara sobre los hebreos. La última y más devastadora plaga se produjo cuando Dios mató a los primogénitos de todos los hogares egipcios. Sin embargo, el pueblo hebreo se salvó gracias a la sangre de un cordero sin mancha, untada en los dinteles de sus puertas como señal de protección. Este acto preservó sus vidas y presagió el sacrificio definitivo de Jesús, el Cordero de Dios. Abrumado por estas plagas, el faraón finalmente accedió a la petición de los hebreos de marcharse, liberándolos para que emprendieran su viaje hacia la tierra prometida.

Los egipcios veneraban al faraón por encima de todas las demás deidades, adorándolo como a un dios. Dios instituyó la Pascua entre el pueblo hebreo en la última y más devastadora plaga. Mientras el ángel de la muerte arrasaba Egipto, todos los primogénitos fueron fulminados, incluido el propio hijo del faraón. Este juicio puso de manifiesto la absoluta impotencia del faraón ante el Dios de los hebreos y destruyó la fe de los egipcios en la divinidad de su líder. Afligidos por el dolor y el miedo, los egipcios no solo permitieron a los israelitas marcharse, sino que también les dieron regalos de oro y plata, instándoles a partir rápidamente. Guiados por Moisés, los israelitas cruzaron el Mar Rojo, dejando atrás Egipto y entrando en el siguiente capítulo del plan de Dios para su liberación.

Para el estudio personal y en grupo

Utiliza las preguntas que figuran a continuación para profundizar en tu comprensión y estimular

CAPÍTULO 3

*El cumplimiento de la segunda promesa: el viaje hacia la
Tierra Prometida*

HHasta ahora, hemos abordado los libros del Génesis y el Éxodo. En el Levítico, encontramos normas sobre lo que los israelitas podían y no podían comer. Para entonces, ya habían recibido la primera promesa y se habían convertido en una gran

nación, con millones de personas. Sin embargo, Dios aún tenía que darles la tierra y bendecir al mundo a través de sus descendientes. Esto requería que Dios mantuviera el linaje familiar puro y sin mancha, libre de impureza sexual, sano, feliz y adorándole a Él. Esa es la esencia del pacto que contiene los Diez Mandamientos.

Dios estableció este importante pacto con sus hijos para prepararlos para su viaje. Básicamente les dijo: «*Cumplid esta ley, o de lo contrario os destruiré o os expulsaré del campamento o de la familia*». ¿Qué tipo de pacto era este? ¿Era un pacto de patrocinio, en el que Dios da algo a cambio de nada, sin esperar nada a cambio? No, porque Él esperaba obediencia. ¿Era un pacto de paridad, en el que dos iguales se unen para llegar a un acuerdo? No, por supuesto que no, ya que el hombre nunca puede ser igual a Dios. Se trata de un pacto de soberanía, en el que el más poderoso, Dios, impone exigencias al menos poderoso, el pueblo de Israel. Exigencias de que cumplan Su ley o se enfrenten a la destrucción o a la exclusión del pueblo elegido.

Tras aceptar esta ley, los israelitas se dirigieron a la tierra prometida, la tierra prometida a Abraham. Sin embargo, incumplieron repetidamente la ley a lo largo de su viaje, llegando incluso a quebrantarla antes de que Moisés regresara de la montaña con los mandamientos. A los pies de la montaña, cometieron pecados sexuales, demostrando su flagrante desprecio por el pacto que les exigía permanecer fieles a los mandamientos de Dios.

A pesar de su repetida infidelidad, este pacto de soberanía nunca pudo anular la promesa de Dios a Abraham. Nada podía impedir que ese pacto se cumpliera. Aunque el pueblo infringía continuamente la ley, Dios permaneció fiel; nunca rompió su promesa a Abraham y aseguró la supervivencia de su pueblo a lo largo de la historia. El Libro de Números relata el vagar de los israelitas por el desierto, ilustrando su constante desobediencia, que se extendió incluso al incumplimiento por parte de Moisés de las instrucciones de Dios.

Les llevó un tiempo, pero Moisés y los hebreos finalmente llegaron al monte Nebo, que domina la tierra prometida al otro lado del río Jordán. Aunque Moisés no pudo entrar en la tierra prometida debido a su desobediencia en Meribá, donde golpeó la roca en lugar de hablarle como Dios le había mandado (Números 20:12), subió al monte Nebo para contemplarla desde la distancia. Tras su muerte, fue trasladado y enterrado en esa tierra. Tras Moisés, su sucesor, Josué, tomó el mando. Bajo el liderazgo de Josué, los israelitas lanzaron campañas militares en las regiones central, septentrional y meridional de Canaán. La historia de estas campañas y de la conquista de la tierra está recogida en el Libro de Josué.

El Libro de Josué describe cómo las doce tribus conquistaron Canaán y expulsaron a sus habitantes, principalmente a los cananeos. Tras su victoria, dividieron la tierra entre las tribus, y cada una recibió una porción. Las tribus decidieron permanecer unidas de manera informal, sin un gobierno central, en un período conocido como la época de los Jueces. El ciclo del Libro de los Jueces se desarrolla así: primero, el pueblo comenzaba a adorar a otros dioses. Entonces Dios permitía que otra nación los derrotara en batalla.

Cuando eso ocurría, el pueblo clamaba a Dios. Dios escuchaba sus súplicas y enviaba a un juez (que significa «libertador militar») para liberarlos. Mientras vivía ese juez, el pueblo obedecía a Dios y se sentía seguro. Sin embargo, una vez que el juez moría, volvían rápidamente a sus viejas costumbres. El Libro de los Jueces narra repetidamente este ciclo de *desobediencia, juicio y liberación*. Para tener una idea del contexto cultural de este período, también podrías leer el Libro de Rut.

Con el tiempo, surgió un enemigo en las costas de la tierra prometida que los israelitas no podían expulsar: los filisteos. A pesar de sus esfuerzos, las doce tribus fueron incapaces de eliminar esta amenaza. En respuesta, se reunieron y acudieron a su último juez, Samuel, para pedirle un rey. Le suplicaron: *«Samuel, por favor, danos un rey». Nuestra falta de un gobierno centralizado nos frena; no podemos derrotar a los filisteos sin un rey. Si fuéramos como las naciones que nos rodean y tuviéramos un rey con un ejército, podríamos derrotar a nuestros enemigos»*.

Para el estudio personal y en grupo

1. *Utiliza las preguntas que figuran a continuación para profundizar en tu comprensión y suscitar debates significativos.*
2. ¿Cuál era el propósito del pacto de soberanía otorgado a los israelitas, y en qué se diferenciaba de otros pactos, como los de patrocinio y paridad?
3. ¿Cómo demostró el repetido incumplimiento de la ley de Dios por parte de los israelitas la tensión entre la fidelidad de Dios al pacto con Abraham y su propia infidelidad?
4. ¿Qué papel desempeñó Josué en el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham, y cómo reflejó la conquista de Canaán el plan de Dios para los israelitas?
5. ¿Cuál fue el ciclo de desobediencia descrito en el Libro de los Jueces, y cómo reveló la necesidad de los israelitas de un líder central o un rey?

CAPÍTULO 4

Un legado dividido y una promesa incumplida

Samuel no quería dar al pueblo un rey. Les advirtió diciendo: «No queréis un rey; el rey os impondrá impuestos, se llevará a vuestros hijos para que sirvan en el ejército y os obligará a construir templos y palacios». A pesar de sus advertencias, el pueblo persistió en su demanda de un rey. Así comenzó el período en el que estuvieron unidos. Se mantuvieron unidos el tiempo suficiente para tener tres reyes: Saúl, David y Salomón. Sin embargo, las profundas divisiones tribales y las lealtades contrapuestas entre las doce tribus de Israel dificultaban la unidad. Estas tensiones, arraigadas en su historia y en sus diferentes prioridades, provocaron frecuentes desacuerdos y luchas por el poder. Como resultado, no se llevaban muy bien en el pasado, y la unidad siguió siendo frágil incluso durante este tiempo. Durante su unidad, Asiria, al norte, se había vuelto relativamente débil debido a sus guerras con Egipto, al sur. En consecuencia, Israel emergió como la nación preeminente en esa región, experimentando prosperidad y un éxito sin igual. Fue durante esta época cuando se escribieron muchas obras literarias significativas. Para un relato detallado de este período, puedes leer los libros de 1 y 2 Samuel, que narran los acontecimientos de cuando estaban unificados bajo un solo rey.

Tras la muerte de Salomón, el pueblo se cansó de la extralimitación del gobierno federal. Se reunieron en Jerusalén y se enfrentaron al hijo de Salomón, que estaba destinado a ser el próximo rey, afirmando: «*Si vas a ser como tu padre, no te queremos como rey*». Cuando le preguntaron si sería como su padre, él respondió: «No, mi padre os azotaba con látigos, pero yo os azotaré con escorpiones». Una respuesta que no sentó bien a el pueblo, lo que llevó a diez de las doce tribus a rechazar su gobierno y separarse de la unión. Esto dio lugar a una sangrienta guerra civil, que dividió la corona en dos partes: Israel al norte y Judá al sur. Israel se formó cuando diez tribus se separaron de la unión, mientras que Judá estaba formada por las dos tribus que permanecieron leales a Salomón. Puedes leer los libros de 1 y 2 Reyes y 1 y 2 Crónicas para conocer estos dos reinos y los acontecimientos que tuvieron lugar durante ese periodo.

En ese momento, la familia se dividió en dos reinos: Israel y Judá. Durante este tiempo, Dios comenzó a enviar profetas a ambas regiones. A estos profetas se les encomendó la tarea de transmitir los mensajes de Dios, instando al pueblo a vivir de acuerdo con Sus leyes o enfrentarse a la destrucción. Ambos reinos habían comenzado a adorar a otros dioses y desobedecían los mandamientos que Dios les había dado para asegurar su bienestar. Por lo tanto, Dios envió a Sus mensajeros, advirtiendo a la nación dividida que *se enderecara; tengo una promesa que cumplir. Todavía tengo una promesa más que cumplir con vuestro padre Abraham: bendeciré al mundo a través de vuestra descendencia, pero debéis apartaros de vuestros pecados*. Envío profetas al Reino de Israel en el norte y a Judá en el sur, instándolos a arrepentirse y a apartarse de sus pecados. Los profetas llamaron repetidamente a Israel a «enderezarse» y a Judá a volver a Dios. Desgraciadamente, el pueblo se negó a escuchar estas advertencias.

El pecado siempre va seguido de *juicio*, y *el arrepentimiento* es el camino hacia *la restauración*. El Reino del Norte de Israel no se arrepintió, lo que condujo a graves consecuencias. En el año 722 a. C., el Reino de Asiria invadió y destruyó el Reino de Israel. Esta invasión destrozó a las Diez Tribus, y nunca más se supo de ellas. Dios permitió que Asiria las aniquilara de una vez por todas. Los asirios tenían una estrategia distintiva para conquistar naciones: trasladaron a los hombres israelitas a Asiria y trajeron a hombres asirios a Israel. Esta táctica tenía como objetivo promover los matrimonios mixtos entre los dos grupos, fomentando un sentido de lazos familiares que desalentara el conflicto. Como resultado de estas uniones, nacieron niños de ascendencia mixta: en parte israelitas, en parte asirios. Estos descendientes mestizos pasaron a ser conocidos como samaritanos, en honor a Samaria, la capital del Reino del Norte de Israel. Así, los samaritanos eran vistos como mestizos, representando una mezcla de las dos culturas, y desempeñaron un papel único en la historia de la región a partir de entonces.

Diez de las tribus se perdieron. ¿Has oído hablar de las diez tribus perdidas de Israel? Se perdieron a causa de los matrimonios mixtos. ¿Aprendió Judá de la caída de Israel? ¡NO! Ahora, de toda la familia de Abraham, solo quedan dos tribus. ¡Dos tribus! La Biblia lo llama un remanente, una pequeña parte que quedó. Pero, ¿se arrepintieron? No. Y no pasó mucho tiempo hasta que Babilonia conquistó Asiria en el año 586 a. C. Babilonia puso sus ojos en Judá, bajo el reinado del rey Nabucodonosor, y decidió apoderarse de ella, por lo que Nabucodonosor destruyó Jerusalén y se apoderó del Reino de Judá. Ahora bien, Nabucodonosor no creía en la idea de los matrimonios mixtos. Pensó que sería mejor matar a toda la gente sin estudios y llevarse a todas las personas cultas a su país, es decir, a Babilonia. Planeaba meterlos en un gueto; de esa manera, si necesitaba un médico, podía ir al gueto y conseguir uno, y si necesitaba un abogado, podía bajar al gueto y encontrar uno. De esta manera, podría hacer uso de las personas a las que había conquistado. Así que leemos que Nabucodonosor se llevó a las personas cultas de Jerusalén después de haberla destruido y las trasladó a un gueto en Babilonia. Si quieres saber más, lee el Libro de Daniel. Daniel fue uno de los que fue trasladado y llevado al gueto de Babilonia.

Ahora bien, Jeremías, el profeta del Reino de Judá, recorrió las calles de Jerusalén después de que Nabucodonosor la hubiera destruido y se entristeció en su corazón. Escribió un poema triste llamado Lamentaciones. Mientras estaban en Babilonia, se miraron unos a

otros y se dieron cuenta de *que era mejor que obedecieran la Ley de Dios*. Así que, finalmente, la familia de Abraham, este pequeño remanente de la gran familia de Abraham, se volvió hacia Dios y dijo...*Queremos obedecer tus leyes plenamente y de una vez por todas*. Como el templo había sido destruido y no tenían lugar para adorar, comenzaron a reunirse en grupos domésticos conocidos como asambleas o sinagogas. Cada sinagoga debía tener un santo, un ministro o un **hasán**. Estas personas acabaron convirtiéndose en los fariseos del Nuevo Testamento. Además, cada grupo doméstico debía poseer una copia de las Escrituras, lo que llevó a la formación de sus hijos para que escribieran o se convirtieran en escribas. En el lúgubre gueto de Babilonia, vemos los inicios de la sinagoga, los fariseos y los escribas: aquellos que seguían fervientemente a Dios, ansiosos por adherirse a la ley.

No es de extrañar que los fariseos y los escribas se mostraran reacios a aceptar o seguir a Jesús. Temían que estuviera en contra de la ley, la misma ley a la que se habían aferrado desde sus días en el gueto babilónico. No pasó mucho tiempo hasta que los persas conquistaron a los babilonios. Si quieres leer sobre el período persa, consulta el Libro de Ester.

Una vez que los persas asumieron el control, Ciro, rey de Persia, se fijó en el gueto y preguntó por qué mantenían allí a esa gente. Decidió enviarlos a casa. El pueblo judío se arrepintió y halló gracia ante Dios, y Ciro promulgó un decreto en el que declaraba que todos los judíos del gueto eran libres de regresar a sus hogares y reconstruir Jerusalén.

Así pues, el pueblo abandonó Babilonia y regresó a Jerusalén para reconstruir el templo. Consulta los Libros de Nehemías y Esdras para leer sobre ese viaje. A su llegada a Jerusalén, sus primos, los samaritanos, se ofrecieron a ayudarles a reconstruir el templo. Sin embargo, los judíos que regresaban rechazaron su ayuda, ya que consideraban a los samaritanos una amenaza para su identidad. Para ellos, los samaritanos eran mestizos, impuros e indignos.

«En respuesta al rechazo de los judíos, los samaritanos construyeron su propio templo en el monte Gerizim, mientras que los judíos construyeron el suyo en el monte Sión. La proximidad de las dos montañas, visibles la una desde la otra, simbolizaba la profunda división entre estos grupos. Esta tensión es evidente en el Nuevo Testamento cuando Jesús habló con la mujer samaritana. Ella hizo referencia a la división, diciendo: “Nuestros padres adoraban en esta montaña”, señalando el monte Gerizim, “pero tú dices que el lugar donde debemos adorar está en aquella montaña”, refiriéndose al monte Sión.

A medida que el pueblo judío trabajaba para reconstruir Jerusalén, su entusiasmo inicial por Dios se fue desvaneciendo gradualmente. Se cansaron de su labor y se volvieron complacientes, centrando su atención en reconstruir sus vidas personales. Esta complacencia les llevó a descuidar sus obligaciones del pacto, incluido el diezmo, que era esencial para mantener el templo y a sus sacerdotes. Su descuido reveló una confianza cada vez menor en la provisión de Dios y un fracaso a la hora de honrarle con sus recursos.

En respuesta a su creciente apatía, Dios envió al profeta Malaquías con un último mensaje de corrección y advertencia, llamándolos a volver a la fidelidad. Tras el mensaje de Malaquías, Dios permaneció en silencio durante 400 años».

«Durante este tiempo, los griegos conquistaron a los persas y, finalmente, los romanos tomaron el control de los territorios griegos. El Imperio Romano no se convirtió plenamente en imperial hasta después de la muerte de Julio César, pero una vez que lo hizo, nombró a su primer emperador, Octaviano, también conocido como César Augusto. Fue durante el reinado de César Augusto cuando Jesús vino al mundo, marcando el comienzo de un nuevo capítulo en la narrativa divina.

Durante el Imperio Romano, Dios cumplió su tercera promesa de bendecir al mundo a través de los hijos de Abraham. Esta promesa se cumplió en Jesucristo, el hijo de Abraham y el Hijo de Dios, que vino a bendecir al mundo muriendo como el Cordero de Dios. La vida y el ministerio de Jesús están registrados en los Evangelios —Mateo, Marcos, Lucas y Juan—, que ofrecen cuatro perspectivas únicas sobre sus enseñanzas, acciones y misión. Aunque no están ordenados cronológicamente, estos relatos revelan en conjunto cómo Jesús enseñó, nos reveló a Dios, nos mostró cómo vivir y, finalmente, murió en la cruz por nuestros pecados. Fue sepultado en un sepulcro, resucitó al tercer día y ascendió a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, desde donde un día regresará para juzgar tanto a los vivos como a los muertos.

Mateo y Lucas comienzan sus Evangelios con genealogías para demostrar que Jesús era un descendiente legítimo de Abraham y el Mesías legítimo que prometió bendecir al mundo. Tras su ascensión, Jesús envió al Espíritu Santo para dar poder a sus discípulos, aquellos que aprendieron de sus enseñanzas y se esforzaron por imitar su carácter y su misión. Ser discípulo era más que adquirir conocimiento intelectual; entrar en una relación transformadora con Jesús moldeó cada aspecto de sus vidas. Fortalecidos por el Espíritu Santo, a estos discípulos se les encomendó la tarea de proclamar el *Euangelion* —el Evangelio, o la Buena Nueva— de que Jesús había muerto para que todos pudieran ser salvos. El Libro de los Hechos narra cómo los apóstoles predicaron este mensaje, fundaron iglesias y enseñaron a las personas a vivir bajo el Nuevo Pacto, donde la salvación y la nueva vida se encuentran en Cristo.

Para el estudio personal y en grupo

Utiliza las preguntas que figuran a continuación para profundizar en tu comprensión y suscitar debates significativos.

CAPÍTULO 5

Lecciones para navegar por lo divino: un repaso

Hagamos un breve repaso. Dios creó los cielos y la Tierra, y todo era bueno. Sin embargo, a causa de la desobediencia de Adán y Eva, el pecado entró en el mundo y se extendió por toda la creación. En respuesta a la creciente maldad de la humanidad, Dios trajo el juicio mediante el diluvio, destruyendo a todos excepto a Noé y su familia. Posteriormente, Dios habló a Abraham y le hizo tres promesas:

- 1) Haré de ti una gran nación.
- 2) Te daré la tierra sobre la que caminas.
- 3) Bendeciré al mundo a través de tu descendencia.

Dios Padre hizo tres promesas a Abraham y pasó por entre los pedazos de los animales cortados de forma independiente, sin exigir nada a Abraham. Esto se denomina «pacto patronal». La narrativa principal a lo largo de toda la Biblia, que culmina en los Evangelios del Nuevo Testamento, es la historia de la familia de un hombre y de cómo Dios cumplió Sus promesas a ese hombre. En última instancia, sabemos que Dios cumplió esas promesas plena y definitivamente a través de Jesús, nuestro Señor, quien es el que vino: un hijo de Abraham que murió como el Cordero de Dios, bendiciendo al mundo. Si bien es fácil ver cómo Dios cumplió las dos primeras promesas, la pregunta sigue siendo: ¿cómo se cumplió la tercera promesa?

La tercera promesa se cumplió cuando Jesús bendijo al mundo al establecer un nuevo pacto. Durante la Última Cena con sus discípulos, tomó la hostia y el vino, y dijo: «Este es mi cuerpo, entregado por vosotros; esta es la sangre del nuevo pacto. Bebed todos de él,

porque esta es mi sangre, derramada por muchos para el perdón de los pecados». Cuando Jesús murió, se cumplió el antiguo pacto con Abraham y comenzó un nuevo pacto. Pocos, si es que alguno, de sus discípulos entendieron lo que Jesús proclamó cuando levantó el pan y el vino como su cuerpo y su sangre. Jesús dijo, en efecto, que Él era el animal sacrificial y degollado del nuevo pacto.

Cuando Jesús estaba en la cruz, con los brazos abiertos y jadeando en su último aliento, de repente gritó: «Tetelestai», que en griego significa «Todo está consumado». Algunos han supuesto que se refería a que su vida había terminado, pero esa interpretación carece de profundidad, ya que eso debería haber quedado claro para todos los que le rodeaban. La palabra tetelestai tiene múltiples significados. Cada año, en el Día de la Expiación, el sacerdote del templo realizaba un sacrificio único en nombre del pueblo, matando un cordero para expiar sus pecados. Una vez sacrificado el animal, el sacerdote se presentaba ante la multitud y declaraba en hebreo: «*Todo está consumado*», lo cual servía como expiación temporal. Sin embargo, este ciclo de sacrificios dejó de practicarse aproximadamente sesenta años después de la muerte de Jesús.

La tercera promesa, la de bendecir al mundo, se representaba simbólicamente cuando los pecados del pueblo israelita se ponían sobre un animal de sacrificio. Cuando Jesús murió en la cruz, se convirtió en el sacrificio completo y perfecto por todos los pecados. Algunos han sugerido que la declaración de Jesús de «*tetelestai*» se refería al significado griego de «la deuda ha sido pagada», lo que significaba que la deuda contraída con Abraham había sido saldada. Esta interpretación concuerda con la verdad de que los israelitas ya no necesitaban sacrificar a sus animales más puros, ya que Jesús era el Cordero puro e inmaculado y el sacrificio definitivo por nuestros pecados. Además, debemos considerar las implicaciones de la proclamación de Jesús de que la deuda por los pecados del mundo había sido pagada. Todas las promesas de Dios se habían cumplido. Los israelitas se habían convertido en una gran nación, habían aceptado la tierra que Dios les había dado, y Dios había bendecido al mundo a través de su descendencia. Así, cuando Jesús colgaba de la cruz y clamó: «Consumado es», la deuda quedó pagada para Abraham y para todos los que creerían en las promesas de Dios por la fe. Él proclamó que había cumplido las promesas hechas a Abraham e inició un nuevo pacto. El antiguo pacto se hizo con Abraham; el nuevo pacto se hace con nosotros; es el Evangelio.

Después de que se escribieran los relatos de los Evangelios, el resto del Nuevo Testamento fue redactado por los apóstoles de Jesucristo, haciendo hincapié en el poder del Espíritu Santo que fue derramado en Pentecostés, tal y como se menciona en el Libro de los Hechos. Jesús afirmó claramente que no nos dejaría huérfanos; «*Vendré a vosotros*». Pablo declaró: «*No me avergüenzo del Evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree, primero del judío, luego del gentil*». En el Evangelio se revela la justicia de Dios, que se alcanza por la fe de principio a fin, como está escrito: «*El justo vivirá por la fe*». El Evangelio proclama: «*Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo*».

¿Qué tipo de pacto es ese? Dios prometió que serás salvo. ¿Lo crees, sí o no? ¿Es ese un pacto de soberanía, en el que se te exige algo? ¡Por supuesto que no! En cuanto a la salvación, como nos dice Efesios: «*Sois salvos por gracia mediante la fe*», y esto no viene

de vosotros mismos. No es fruto de obras, para que nadie se gloríe. El Evangelio no es un pacto de soberanía. ¿Es un pacto de paridad? Por supuesto que no, pues éramos pecadores y no podíamos salvarnos a nosotros mismos. El Evangelio es un pacto de patrocinio. Dios ofrece el don de la vida eterna, gratis para quien lo acepte si creemos como lo hizo Abraham. Cuando creemos, se nos cuenta como justicia. Si Dios se tomó tantas molestias para cumplir Su promesa a Abraham, ¿cuánto más haría para cumplir Sus promesas a los muchos?

Millones han puesto su fe en nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, y no quedaremos decepcionados. El tema central que hay que recordar en la Biblia es simplemente este: Dios cumple sus promesas e es. Un día habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, y la tierra entrará en la eternidad en un estado renovado, tal y como estaba destinado a ser desde el principio. Es esencial darse cuenta de que el pacto que Jesús estableció en la cruz fue un Pacto Patrón; no podemos ganárnoslo ni merecerlo más de lo que Abraham pudo merecer el suyo. El pacto que hemos experimentado en el Evangelio es aquel en el que Dios promete: si creemos, nos arrepentimos de nuestros pecados y recibimos a Jesucristo como nuestro Señor y Salvador, se nos cuenta como justicia.

Una última reflexión: en la Última Cena, Jesús tomó el pan, lo partió y entregó un trozo a un lado de la mesa y el otro al lado opuesto. Mientras partía el pan y extendía los brazos, dijo: «Este es mi cuerpo, partido por vosotros». Era un símbolo profundo de lo que ocurriría en la cruz. Cuando Jesús murió, su cuerpo fue partido y su sangre derramada para establecer el nuevo pacto.

En cierto sentido, Jesús pasó entre los pedazos de su propio cuerpo partido, tal como Dios había pasado entre los pedazos de los animales en su pacto con Abraham. Con su muerte, Jesús —plenamente Dios y plenamente hombre— se convirtió en el sacrificio que cumplió las promesas hechas a Abraham. Su sangre se convirtió en la sangre del nuevo pacto, asegurando que se mantuviera la promesa de Dios de bendecir a las naciones, crear una gran familia y proporcionar una patria. Al pasar entre los pedazos, Jesús declaró: «Al que venga a mí, en ninguna circunstancia lo rechazaré», invitando a todos los que creen a entrar en este pacto de gracia.

El Evangelio es gratuito. La buena noticia es que tus pecados han sido pagados plena e inequívocamente. Dios orquestó un camino de regreso a su propia presencia cuando el velo se rasgó a través de la muerte y resurrección del descendiente puro de Abraham, al convertirse este en el Cordero de Dios sin mancha, culminando en la tercera promesa hecha a Abraham y dada a toda la humanidad que lo recibe. Si Dios ha llegado tan lejos para cumplir sus promesas a Abraham a lo largo de la historia, pasará la eternidad cumpliendo sus promesas para con nosotros. Cuando el velo del templo se rasgó de arriba abajo, proporcionó un camino de regreso a la presencia de Dios. A través de la muerte y resurrección de Jesús, como descendiente puro de Abraham, el Cordero de Dios sin mancha fue dado a todos los que lo reciben. Las promesas de Dios a Abraham no son solo declaraciones antiguas, sino claves para desentrañar nuestra *identidad*, *nuestro propósito* y *nuestro futuro*. Estas promesas resuenan a través del tiempo, llamándonos a algo que va mucho más allá de lo que podemos ver o imaginar. Cuanto más estudiemos estas promesas,

más las veremos no como un recuerdo lejano, sino como el fundamento de todo lo que Dios hace y hará en nuestras vidas y en el mundo.

Para estudio personal y en grupo

1. ¿Por qué hizo Dios las promesas a Abraham, y cómo revelan Su plan de redimir a todas las naciones a través de la familia de Abraham?
2. ¿Cómo demostró el establecimiento de Israel como nación y la recepción de la ley la fidelidad de Dios a la primera promesa hecha a Abraham?
3. ¿Cómo garantizaron el exilio babilónico y la preservación de un remanente fiel que la segunda promesa de Dios —dar a los descendientes de Abraham una patria— permaneciera intacta?
4. ¿Por qué era importante que el linaje de Jesús se remontara a Abraham, y cómo confirmó esto el cumplimiento de la promesa de Dios de bendecir a todas las naciones a través de la descendencia de Abraham?
5. ¿De qué manera la vida, muerte y resurrección de Jesús cumplieron las promesas dadas a Abraham y completaron el plan de redención de Dios?

CAPÍTULO 6

El cumplimiento definitivo que se encuentra en el libro del Apocalipsis

Una gran multitud e

La promesa de Dios a Abraham: «Haré de ti una gran nación», preveía un pueblo apartado para Él. Bajo el nuevo pacto, esta promesa ya no se limita a una nación física, sino que se cumple en una familia espiritual de creyentes de todas las tribus, lenguas y naciones. Apocalipsis 7:9-10 nos da una visión de este cumplimiento: *«Después de esto miré, y he aquí una gran multitud que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos con ropas blancas y con palmas en sus manos, y clamando a gran voz: “¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!”»*.

Esto no es un sueño lejano, sino la realidad viva de las promesas de Dios. Formamos parte de esta gran multitud: una nación sobrenatural unida no por el linaje, sino por la sangre de Jesús. Estamos revestidos de su justicia, coronados con su amor y se nos ha confiado su misión. Como miembros de esta nación, no somos solo participantes, sino embajadores del Rey, llevando su autoridad y el mensaje de su salvación a un mundo desesperado por encontrar esperanza. En esta nueva nación, cada creyente lleva las vestiduras de la justicia y el anillo de la autoridad del Rey (Isaías 61:10, Lucas 15:22). Estamos llamados a brillar como luces en la oscuridad, reflejando la gloria del Dios que nos ha reunido. Este es un reino diferente a cualquier otro: eterno, inquebrantable y radiante del amor y el poder de Dios.

Formar parte de esta nación es abrazar un llamado mayor que nosotros mismos, es entrar en la historia eterna de la redención y la restauración. Es una invitación a pertenecer

a algo mucho más amplio, a una familia que abarca el mundo y la eternidad. Este es el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham. Esta promesa se extiende a todos los que creen, dándoles la bienvenida a la gran nación que un día se presentará ante el trono, unida en adoración, proclamando con una sola voz: *«¡La salvación pertenece a nuestro Dios y al Cordero!»*

Deja que esta visión encienda el entusiasmo en tu corazón: esta es tu herencia, tu familia y tu destino. Formas parte de una nación elegida por Dios para reflejar su gloria y proclamar su grandeza para siempre. ¡Qué privilegio es estar entre los redimidos, revestidos de su amor y comisionados para llevar el mensaje de su salvación al mundo!

El nuevo cielo y la nueva tierra

Cuando Dios reveló a Abraham la promesa de una gran nación, también habló de una patria donde esta familia habitaría. *«Te daré la tierra por la que caminas»*. Al principio, esta promesa parecía tangible e inmediata. Los descendientes de Abraham heredarían la tierra de Canaán, una tierra que mana en abundancia, donde podrían vivir bajo las leyes de Dios y adorarlo libremente. Pero al igual que con la promesa de descendencia, el don de la tierra tenía un significado más profundo que apuntaba mucho más allá de las fronteras de Canaán.

La tierra de Canaán era una señal de la fidelidad de Dios, un recordatorio físico de que Él provee para su pueblo. Bajo el liderazgo de Josué, los israelitas tomaron posesión de esta tierra, que se convirtió en su hogar: un lugar de descanso, seguridad e identidad. Sin embargo, incluso mientras Abraham se encontraba en esa tierra, miraba más allá de ella. Hebreos nos dice que anhelaba una «patria mejor», una celestial (Hebreos 11:16). Los pasos de Abraham sobre el suelo de Canaán eran pasos hacia una promesa mucho más significativa de lo que él podría haber imaginado: una patria eterna con Dios.

«Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y ya no había mar. Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia bellamente ataviada para su esposo. Y oí una gran voz que provenía del trono y decía: “¡Mirad! La morada de Dios está ahora entre los hombres, y él morará con ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios”». Apocalipsis 21:1-3.

Esta promesa no se refería meramente a la geografía; se refería a las relaciones. Apuntaba a la realidad última de vivir en la presencia de Dios, libres del dolor y la separación que marcan nuestras vidas ahora. La tierra simbolizaba el descanso, pero su cumplimiento definitivo se encontraría en el descanso eterno del Reino de Dios. Aunque rica y abundante, la Canaán terrenal no era más que una sombra de la inimaginable herencia preparada para quienes le aman: un nuevo cielo y una nueva tierra donde Dios morará con su pueblo para siempre.

Imagina la riqueza de Canaán, una tierra tan abundante que se necesitaban dos hombres para llevar un solo racimo de uvas. Se describía como una tierra que manaba leche

y miel, una tierra de provisión sin igual. Sin embargo, esto era solo un atisbo de lo que Dios tiene reservado para nosotros. Jesús habló de preparar un lugar para su pueblo en la casa de su Padre, un hogar diseñado por el Creador, libre de decadencia, dolor y sufrimiento (Juan 14:2, Apocalipsis 21:1-4). Si la tierra física de Canaán era extraordinaria, ¿cuánto mayor sería el hogar eterno, donde Dios mismo enjugará toda lágrima de nuestros ojos?

En el fondo, la promesa de la tierra era una promesa de pertenencia: una declaración de que el pueblo de Dios no es un pueblo errante, sino heredero de su Reino eterno. Nos recuerda que no estamos destinados a permanecer en un mundo quebrantado y efímero, sino que estamos llamados a un futuro lleno de la presencia, el amor y la paz de Dios. La herencia de Abraham es también nuestra herencia: un hogar donde ya no anhelaremos el descanso porque finalmente estaremos con Aquel que es nuestro descanso.

Al reflexionar sobre esta Promesa, vemos revelarse de nuevo el corazón de Dios: Él es un Padre que anhela llevar a sus hijos a casa. La tierra es más que un regalo; simboliza su fidelidad y refleja su deseo de estar con nosotros para siempre. Al igual que Abraham fue llamado a confiar en una promesa más extraordinaria de lo que podía ver, también nosotros estamos invitados a caminar en la fe, sabiendo que Dios está preparando un lugar para nosotros: nuestro hogar eterno, donde moraremos con Él en perfecta alegría.

La bendición de la familia

«Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. La Escritura no dice “y a las descendencias”, refiriéndose a muchas personas, sino “y a tu descendencia”, refiriéndose a una sola persona, que es Cristo. [...] Así que, en Cristo Jesús, todos vosotros sois hijos de Dios por la fe, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni gentil, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Si pertenecéis a Cristo, entonces sois descendencia de Abraham y herederos según la promesa».

Esta tercera promesa es la más amplia y, en última instancia, la más transformadora. Dios le dijo a Abraham que a través de su descendencia serían benditas todas las naciones de la Tierra (Génesis 22:18). No se trataba solo de Israel, sino siempre del mundo. Israel estaba destinado a bendecir a las naciones, mostrando cómo sería vivir bajo el gobierno de Dios. Pero, a medida que se desarrollaba la historia, Israel no logró estar plenamente a la altura de este llamado. Aquí es donde Jesús cumple la Promesa. Él es la verdadera «Descendencia» de Abraham (Gálatas 3:16), a través de quien la bendición de la salvación se ofrece ahora a todas las naciones. Jesús vino a traer *reconciliación*, a restaurar *lo que se había perdido* y a dar *vida*; y esta vida está ahora disponible para cualquiera que crea, independientemente de su origen, cultura o errores del pasado. Esta bendición no es solo para Israel; es para *ti*. A través de Cristo, has sido injertado en esta promesa. Has sido bendecido con la vida eterna y la capacidad de convertirte en un instrumento de bendición para los demás. Así como Israel estaba destinado a ser una luz para las naciones, tú, como parte de la familia de Dios, estás ahora llamado a vivir como esa luz: demostrando cómo es vivir bajo el gobierno de Dios y compartiendo su bendición con el mundo.

Cuando Dios prometió bendecir a todas las naciones a través de la descendencia de Abraham, reveló Su plan para restaurar todo lo que el pecado había quebrantado. Esta bendición no era solo prosperidad material, sino el don supremo de la salvación a través de Jesucristo. Esta Promesa nos invita a ver el corazón de Dios para toda la humanidad, no solo para unos pocos elegidos. A través de Jesús, Dios está reconciliando a las personas consigo mismo y redimiendo a toda la creación. ¿Cómo sería que el mundo entero fuera un reflejo de su gloria, tal y como lo fue en aquellos primeros días en el Jardín? «Ser creados a imagen de Dios es una afirmación profunda sobre quiénes somos. Significa que fuimos creados para reflejar su carácter, su gloria y su amor. Cuando Dios le prometió a Abraham: “A través de tu descendencia, todas las naciones de la tierra serán bendecidas” (Génesis 22:18), no se refería solo a descendientes físicos, sino a una familia que llevaría Su imagen y llevaría Su bendición al mundo. Esta promesa se cumple a través de Jesús, el reflejo perfecto del Padre.

¿Hay alguna bendición más increíble que el mundo pueda recibir que encontrar la imagen de Dios a través de su pueblo? Las Escrituras nos llaman a esta transformación: «*Y todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor, somos transformados a su imagen con gloria cada vez mayor, la cual proviene del Señor, que es el Espíritu*» (2 Corintios 3:18). Esta transformación no consiste solo en reflejar su gloria, sino en llegar a ser como Él en santidad, amor y verdad.

¿Podría ser que la bendición definitiva no esté simplemente en lo que recibimos, sino en en quiénes nos convertimos? Las Escrituras nos muestran que el propósito de Dios siempre ha sido conformarnos a su imagen, para ser personas que reflejen su carácter y gloria ante el mundo. En Cristo, estamos siendo renovados: testimonios vivos del Dios que nos creó, nos redimió y está haciendo nuevas todas las cosas.

El pacto de Dios con Abraham es el fundamento de todas sus promesas. Cuando solo Dios pasó entre los pedazos de los animales sacrificados en Génesis 15, declaró que asumiría toda la responsabilidad del pacto. Jesús también cumplió esto cuando tomó nuestros pecados sobre sí mismo, haciendo que el pacto fuera inquebrantable y eterno. ¿Podría ser este pacto la clave para comprender nuestra salvación y el compromiso inquebrantable de Dios de restaurar su creación? Las promesas a Abraham son mucho más resonantes y significativas de lo que parecen a primera vista. No se refieren solo a bendiciones individuales: cuentan la historia del plan eterno de Dios para reconciliar el cielo y la tierra, para unir a su familia bajo un solo Rey y para morar con su pueblo para siempre. Cuando comprendemos el alcance de estas promesas, nos sentimos llenos de asombro y expectación ante lo que Dios aún tiene por revelar. ¿Podrían estas antiguas promesas ser una invitación a entrar en la historia eterna de Dios?

Esta es la historia de un Padre que nunca dejó de buscar a sus hijos, de una familia que en su día se vio separada, pero que ahora ha vuelto al hogar. A través de la descendencia de Abraham, Jesús, hemos sido restaurados para reflejar la imagen de Dios en toda su plenitud, para vivir tal y como Él lo dispuso y para caminar en la bendición de su presencia eterna. El mundo ha estado esperando este momento y ahora, en la nueva creación, ya está aquí. Todo anhelo se ha cumplido, toda promesa se ha cumplido, y los hijos de Dios viven para siempre en el gozo radiante del amor de su Padre. Y como declara el Apocalipsis: «El

Para estudio personal y en grupo

1. Según el pasaje, ¿cómo se ha cumplido la promesa de Dios a Abraham de crear una gran nación en una familia espiritual en lugar de una física?
2. ¿Cómo describe Apocalipsis 7:9-10 a las personas que forman parte de la familia de Dios, y qué nos dice esto sobre la diversidad y la unidad de los creyentes?
3. ¿Qué representan los ríos de agua de vida y el Árbol de la Vida en Apocalipsis 22, y cómo muestran la restauración del plan de Dios para la humanidad?
4. ¿Por qué es Jesús fundamental para el cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham, y cómo hace posible que formemos parte de esta nueva nación?
5. ¿Cómo inspira esperanza la visión de un nuevo cielo y una nueva tierra en Apocalipsis 21-22 y anima a los creyentes a confiar en las promesas de Dios?

que está sentado en el trono dice: “¡He aquí, yo hago nuevas todas las cosas!”».

CAPÍTULO 7

Los sesenta y seis libros de la Biblia: el Antiguo y el Nuevo

La Biblia es una colección de escritos de más de dos docenas de autores que abarca miles de años. De los 66 libros que se encuentran en sus páginas, la Biblia se divide en dos partes: el Antiguo Testamento, que comprende 39 libros, y el Nuevo Testamento, que contiene 27 libros. El Antiguo Testamento comienza en orden, al menos en los cinco primeros libros, pero luego se desvía y deja de seguir la línea temporal histórica. En lugar de estar organizado cronológicamente, se organizó por género literario. En otras palabras, se agrupó de la siguiente manera: Ley, Historia, Poesía, Profetas Mayores y Profetas Menores.

39 LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

5 - Libros de la Ley: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. *(En estos libros fundamentales, somos testigos de un Padre que, desde el principio, establece con amor el mundo y establece un pacto para acercar a sus hijos. A pesar de la caída de la humanidad, Él revela un plan de redención, comprometido a traer a su familia de vuelta a su corazón).*

12 - Libros de Historia: Josué, Jueces, Rut, 1 Samuel, 2 Samuel, 1 Reyes, 2 Reyes, 1 Crónicas, 2 Crónicas, Esdras, Nehemías y Ester. *(Esta sección narra el recorrido de Israel a través de la fidelidad y la rebelión, revelando la perseverancia de un Padre que guía, perdona y persigue a sus hijos. A través de cada prueba, su amor y su anhelo por su regreso son evidentes, lo que pone de relieve su deseo de verlos restaurados.)*

5 - Libros de poesía: Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares. *(Los Libros de poesía dan voz al corazón humano en sus alegrías, luchas, ira contra Dios y deseos más profundos de Dios. Capturan los gritos del alma pidiendo ayuda, la gratitud y*

el anhelo del Padre de estar cerca de Sus hijos, afirmando Su deseo de una relación profunda e íntima.)

5 - Libros de los Profetas Mayores: Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel, Daniel. *(A través de los Profetas Mayores, el corazón de Dios queda al descubierto mientras llama a su pueblo a volver a Él. Incluso en sus advertencias, hay una búsqueda incansable de sus hijos, presagiando la promesa de la restauración y su esperanza última de reunirlos con Él.)*

12 - Libros de los Profetas Menores: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías, Malaquías. *(En estos libros concisos pero poderosos, el amor de Dios se hace evidente en Su llamado al arrepentimiento y a la justicia. Destacan Su paciencia inquebrantable y Su profundo deseo de ver regresar a Sus hijos, subrayando los brazos abiertos de un Padre que espera dar la bienvenida a Su familia a casa.)*

27 LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

Aunque el Nuevo Testamento no sigue estrictamente una línea temporal, sí sigue una secuencia intencionada. Los cinco primeros libros —Mateo, Marcos, Lucas, Juan y Hechos— abarcan los acontecimientos históricos de la vida de Jesús y de la Iglesia primitiva. A continuación, los libros restantes se organizan según su propósito literario, de forma muy similar al Antiguo Testamento. Las cartas de Pablo y de otros apóstoles sirven de instrucción y aliento para la Iglesia, de manera análoga a los escritos sapienciales y proféticos del Antiguo Testamento. Por último, el Nuevo Testamento concluye con el Apocalipsis, un libro profético que refleja el enfoque del Antiguo Testamento en la profecía y la esperanza futura.

4 - Libros de los Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan *(Los Evangelios o «La Buena Nueva» presentan la culminación del plan de Dios a través de Jesucristo. Describen el acto supremo de amor y sacrificio —la vida, muerte y resurrección de Jesús— como el medio para reconciliar a la humanidad con el Padre).*

1 - Hechos de los Apóstoles: *(Hechos narra el crecimiento de la Iglesia primitiva, mostrando el cumplimiento del mandato de Jesús de difundir la buena nueva de la reconciliación y el amor, y demostrando el deseo de Dios de que todos regresen a casa.)*

7 - Las primeras cartas de Pablo: Santiago, Gálatas, 1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Corintios, Romanos. *(Estas cartas abordan los retos a los que se enfrentaban los primeros creyentes, haciendo hincapié en la guía constante de Dios y en el poder transformador de su amor en la vida de sus hijos.)*

4 - Cartas de Pablo escritas en prisión: Efesios, Filipenses, Colosenses, Filemón. *(Escritas durante el tiempo que Pablo pasó en prisión, estas cartas reflejan su profundo entendimiento del amor de Dios y la esperanza de la restauración, animando a los creyentes a permanecer firmes en su fe).*

3 - Cartas pastorales: 1 y 2 Timoteo, Tito. *(Estas cartas ofrecen orientación a los líderes de la iglesia, haciendo hincapié en la sana doctrina y la integridad moral, que son cruciales para una vida y un gobierno saludables de la iglesia).*

4 - Cartas generales: 1 Pedro, 2 Pedro, Hebreos, Judas. *(Estos escritos ofrecen aliento y advertencias, ilustrando el aspecto comunitario del amor de Dios y el llamado a los creyentes a apoyarse mutuamente en su camino de regreso a casa).*

4 – 1, 2 y 3 Juan y Apocalipsis: *(Estos libros resumen los temas del amor, la esperanza y la profecía, culminando en la promesa de la vida eterna con Dios, y afirmando Su objetivo final de llevar a Sus hijos a casa).*